



Documento Vicente Molina Foix y Luis Cremades narran su relación amorosa iniciada en los años ochenta, la ruptura de la misma y su alejamiento

Autobiografía a cuatro manos

Vicente Molina Foix y Luis Cremades
El invitado amargo

ANAGRAMA
416 PÁGINAS
19,90 EUROS

LAURA FREIXAS

La autobiografía y sus variantes (memorias, diario) se consideran en España un género subalterno. Se le presta atención solamente si su autor es famoso, si narra acontecimientos históricos, si incluye un nutrido índice onomástico. Si, por el contrario, es "solo" una obra literaria, se la tiene automáticamente por menor en la trayectoria de su autor/a. Valgan dos ejemplos de esta actitud: los diarios de Andrés Trapiello han servido como apoyo a su carrera de novelista más que verse como lo que (en mi opinión) son: su mejor obra; y cuando Javier Marías publicó un libro autobiográfico complejo y original, *Negra espalda del tiempo* (1998), más de un crítico lo interpretó como una confesión de fracaso, un síntoma del agotamiento de la crea-

Una historia que ilustra los mecanismos de la vida cultural y el mundo gay español desde los años 80

tividad de su autor. Pero esta interpretación, como ha dicho más de una vez Philippe Lejeune –el gran teórico europeo de la autobiografía– nace de un malentendido: el que confunde creatividad con ficción. Cuando, en realidad –prosigue Lejeune–, "la autobiografía no consiste en copiar la propia vida, sino en inventarla". De hecho, entre nosotros, los géneros autobiográficos han producido obras no solo espléndidas (como *El quadern gris* de Josep Pla o *Coto vedado* y *En los reinos de taifa* de Juan Goytisolo) sino algunas de las más inventivas con que contamos. Por ejemplo, *El mal francés*, de Lluís M. Todó (2006), un libro insólito consistente en un diario de juventud del autor, comentado por él mismo muchos años después. O *Pacto de sangre* (2013): las cartas cruzadas entre Fernando Sánchez Dragó y su hija, Ayanta Barilli, dando cada uno cuenta de su su relación.

A esta vena original y creadora se añade ahora *El invitado amargo*, un libro en el que Vicente Molina Foix y Luis Cremades, relatan, alternándose –un capítulo cada uno– su historia común. Se conocen en Madrid en 1981, cuando Vi-

cente tiene treinta y cinco años y Luis, diecinueve. Ambos son allicantinos, ambos homosexuales, ambos poetas. La atracción mutua es inmediata y se emparejan.

Pero es la suya una relación que nace lastrada por la desigualdad. Molina Foix no solo tiene más años; tiene casa propia en Madrid, profesión (colabora en diarios y

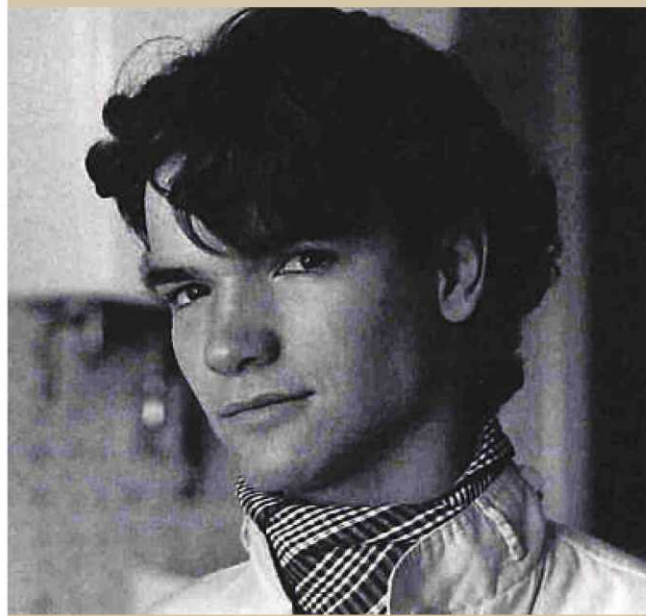
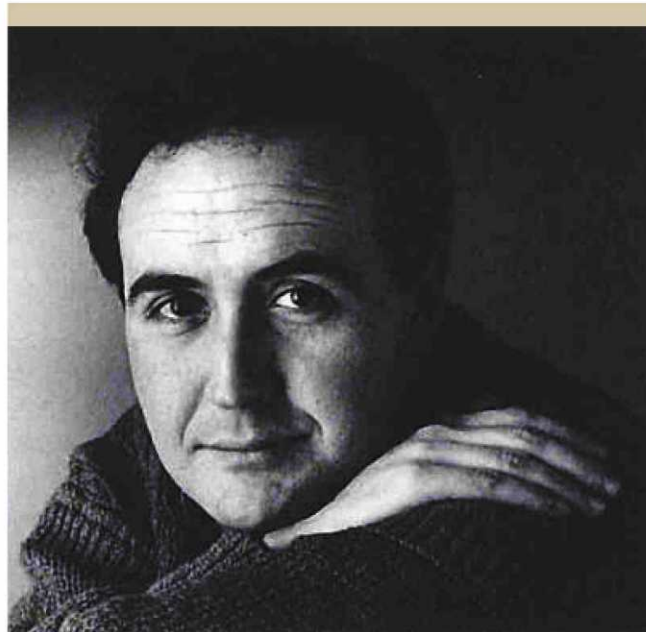
editoriales), carrera literaria en pleno ascenso, amigos bien situados (Vicente Aleixandre), enemigos no menos influyentes (Francisco Umbral), vasta cultura... A Cremades, vacilante poeta en ciernes recién llegado a la capital, estar bajo el ala de ese Pígalión le resulta muy útil: publica sus primeros poemas, conoce a gente, se aloja gratis en Londres, viaja a Italia con el, Dolores Oller y Narcís Comadira... Pero a la vez que le ayuda, Vicente, sin quererlo, le agobia, le abruma, le avasalla; Luis preferiría en el fondo relacionarse con alguien de su edad... y es lo que termina haciendo. La ruptura por celos (ese "invitado amargo" del que habla Shakespeare) se veía venir, pero provoca una tormenta cuando sucede.

Vicente, despechado, usa su inteligencia y su cultura para abrumar al traidor con una carta llena (él mismo lo reconoce a posteriori) de grandilocuencia... Después de es-

tas tres fases: enamoramiento, pareja, ruptura que se han sucedido, tormentosamente, en dos años, llega una cuarta, que dura décadas: la del alejamiento. Vicente y Luis dejan de verse y emprenden caminos muy distintos: el de Molina Foix recto, previsible, grato, o eso parece; el de Cremades lleno de sorpresas, giros y tropiezos, algunos trágicos, y que le hacen madurar a ojos vistas. Literariamente, sin embargo, esta última parte no está del todo bien resuelta, pues los acontecimientos en la vida de Cremades, alejándose de los temas iniciales (amor, homosexualidad, vida literaria, Madrid) abordan otros distintos (vida profesional como consultor, viajes a Cuba, la difícil relación con su familia, problemas de salud...) que requerirían un desarrollo mucho más amplio.

El invitado amargo es un libro sorprendente que interesa por muchos motivos. Ante todo, por la narración y análisis, con dos perspectivas distintas (complementarias, más que contradictorias) de una historia de amor que es a la vez una relación maestro-discípulo (en la mejor tradición de la pedagogía-pedofilia de la antigua Grecia), y en la que el compañerismo y el deseo se mezclan con la admiración, la posesividad, los celos, y la colaboración profesional. Pero igual que el primer plano de sus protagonistas, interesa el telón de fondo: la vida cultural y del mundo gay (que entonces empezaba a salir del armario) en el Madrid de los años 80. Por sus páginas desfilan muchos nombres conocidos: los ya citados y también Juan Benet, Emma Cohen, Javier Marías, Leopoldo Alas, Ruth Toledano, Lawrence Schimel, Lourdes Ortiz, Fernando Savater, Álvaro Pombo... Lo que llama la atención, no porque no lo supiéramos, sino por la claridad –casi diría la inocencia– con que se pone al descubierto, es hasta qué punto el mundo literario funciona por relaciones personales: prólogos, premios, antologías, encargos y trabajos que permiten a un escritor salir adelante... todo es fruto de amistades y contactos; claro que hay una selección por calidad, pero opera sobre un grupo previamente constituido, que excluye casi totalmente a varios colectivos, como las mujeres (salvo que sean novias de algún miembro del grupo) o quienes no viven en Madrid. Cuánto enriquecería a la Historia poder contar con testimonios de la misma época pero esta vez, de escritoras (solo recuerdo uno: el precioso libro de Luisa Castro *Viajes con mi padre*), o de lesbianas, que desconozco.

A su planteamiento, *El invitado amargo* añade una sorpresa final: el incidente azaroso, casi rocambolesco, que dio origen al proyecto. Si me perdonan que use una frase repetida y tópica, me gustaría que tuviera esta vez todo su significado: no se lo pierdan. |



Vicente Molina Foix (arriba) y Luis Cremades (abajo)
en los años ochenta, según pueden verse en el libro 'Un invitado amargo'

ANTONIO MARCOS / V.M.F.